

Blanco White, repatriado

La figura de José Blanco White nos ha sido casi desconocida. Teníamos tan sólo algunas referencias incidentales de este escritor señero que con frecuencia cruza como un meteoro en los papeles sobre la última parte del XVIII y comienzos del XIX: el ilustre don Leopoldo de Cueto le incluye y comenta entre los líricos de aquella centuria, Galdós le cita en un novelón temprano, Alcalá Galiano le incluye entre sus recuerdos y Menéndez Pelayo le apalea sin contemplaciones. Hasta que, más cercanamente, su nombre ha sido reivindicado por algunos estudiosos de alcance minoritario —Méndez Berajano, Vicente Lloréns—, el varapalo de don Marcelino era la fuente principal para conocer a este misterioso sevillano, descendiente de irlandeses, que vivió en Inglaterra en posesión de la más alta estima literaria.

La actual edición de las «Cartas de España» —Alianza Editorial, núm. 375—, publicadas originariamente en inglés y ahora traducidas impecablemente por Antonio Garnica, creo que bien puede considerarse como uno de los más meritorios aciertos editoriales de los últimos años. En principio, porque se repara con ello una de las inconcebibles injusticias de nuestra peregrina memoria literaria; luego, porque las «Cartas» de Blanco son, sin ninguna duda, uno de los escritos más reveladores sobre la convivencia española que se han roto entre nosotros. Siglo y medio han permanecido sepultadas estas «Cartas». El silencio es el máximo refinamiento de la malquerencia española, y Blanco ha sido, entre los pocos que de él tuvieron noticia, personaje poco grato y símbolo de muchas realidades incómodas. La tragedia del exilio ha gravitado sobre Blanco tanto más cuanto el óxido de la proscrición no pudo nunca con la pasión española de que son testimonio, a pesar de los clisés, las «Cartas» comentadas. Pero, ¿qué hay en esas «Cartas» que tanto

resquemor levantaban en la crítica castiza?

Hay, y ahí está el busilis, una crítica *distante*, una requisitoria severa y quizá encendida de la España *esencial*, una disección morosa, imisericorde de la podredumbre española. Pero con el agravante imperdonable para los «flamígeros», de venir todo ello esgrimido serenamente. El exilio, como tantas veces sucedería después, actúa sobre su prodigiosa memoria como un filtro que depura los enojos y deja pasar el recuerdo intacto.

Recogen estas «Cartas» las impresiones de un supuesto observador que remite a un amigo —a la manera de Montesquieu, Cadalso y otros cultivadores del género— sus impresiones de viaje. Tal vez no era ajeno al ánimo de Blanco enmendar la plana a los entonces famosos y hoy resucitados «viajes» de extranjeros, que, como los de Townsend, Burgoing, Southey y tantos otros descubridores del «paraíso romántico» en su vertiente bronca y efectista, contribuyeron a difundir la celebrada imagen del país que culmina en la «Carmen» de Merimée. Creo, en cualquier caso, que estas «Cartas» escritas de memoria superan a la mayoría de sus modelos en punto a penetración y agudeza interpretativas.

La realidad española es contemplada en ellas a través de un atrevido prisma moral. Para Blanco —éste es un reproche de estirpe apologetica, no exento de alguna razón—, la *religión nacional* o, si se prefiere, el catolicismo oficial, es la variable básica de la interpretación sociológica del país. Pero su odio declarado por el espíritu papista y supersticioso característicos en España, no conducen su reflexión a un plano abstracto, sino a un terreno bien concreto. Espíritu entrañablemente religioso, Blanco comenta, sin embargo, las implicaciones del catolicismo *nacional* desde el ángulo evidente de su significación sociológica e incluso política. Así, detrás de la documentada y divertida crítica de la religiosidad española, lo que las «Cartas» tratan de descubrir es la peligrosa influencia ejercida en el espíritu cívico por la ideología clerical. En cierto modo, Blanco es un «lideral» de esa especie, tan común en España, que agota su radicalismo en escaramuzas anticlericales, aunque sostenga, en el fondo, un recio credo conservador.

El ingenioso trazado de las «Cartas» permite, de todas formas, que la crítica desborde continuamente la reflexión teórica. Retratos de época, vivos aguafuertes, bosquejos de impresionante

realismo, cada uno de ellos contiene información valiosísima sobre la vida del país, especialmente sobre Andalucía. Se ha dicho, con razón a mi entender, que Blanco no es, sin embargo, un *costumbrista*, aunque creo que debe aclararse que no lo es, precisamente, porque es *algo más*, de acuerdo con lo que entendemos por costumbrista. En efecto, no hay en Blanco ni sombra de *pintoresquismo* a pesar de que bordea continuamente temas incitadores, mientras que, por el contrario, su pintura aparece siempre condicionada por un visible propósito crítico. Comparado con los modelos *costumbristas* clásicos —Miñano, Estévez, Mesonero, etc.—, Blanco revela una especial intención desmitificadora tal vez de cierto parecido con Larra, y quizá también con los viejos del género como Liñán, Ossorio y Bernard, o Zabaleta, sobre todo en sus cuadros de costumbres cortesanas. Hay que admitir, sea lo que fuere, que aun siendo su propósito más largo de alcance crítico, las «Cartas» bien pueden figurar en las antologías *costumbristas* por su valor informativo y, a veces, como en la deliciosa descripción de la corrida en la Maestranza sevillana entre sus páginas escogidas.

Pero no es cosa de resumir tan variado argumento,

sino de recomendarlo con calor. Quien quiera hacerse una idea de lo que era España a finales del XVIII y principios del XIX, consulte esta guía excepcional por su riqueza y finura crítica. Encontrará en ella una honda tristeza compensada por un singular sentido del humor a la hora de tirar la raya y echar la cuenta de la *España frailuna*. Una cuenta que pocos habrían sacado con la energía no exenta de ternura del autor de las «Cartas de España». «Castizos», abstenerse. ■
J. A. GOMEZ MARIN.

''Los orígenes de la novela''

Con su libro *Los orígenes de la novela* (1), el profesor García Gual viene a cubrir el consabido vacío de la bibliografía española sobre el tema, pues conocido es lo endeble del tratamiento que al asunto dedicara el erudito montañés Menéndez Pelayo.

En la primera parte del libro, García Gual elabora una investigación de los orígenes del género —ya floreciente entre los siglos I y IV de nuestra era— en el ámbito cultural helenístico, como producto tardío de una cultura ya exhausta, decadente (con lo que conecta con la teoría al respecto mantenida por Lukacs). Frente a la sucesión ordenada de géneros sometidos a arquetipos, la novela surge como un género que carece de forma canónica, y aun de la medida clásica. La novela aparece como una expresión literaria no sujeta a ordenación alguna, en la que se mezclan asuntos dispares y tratamientos heterogéneos. Estas características no sólo remiten a categorías literarias o filosóficas, sino que denotan un cambio en la concepción del mundo contemporáneo. De la ordenación y buena definición del mundo estructurado en la polis griega se ha pasado a un ámbito cultural dilatado, cual el helenístico, y a una organización política, el Imperio romano, en la que se perfila como entidad amenazante el caos, y en la que la distancia y la incertidum-

(1) *Los orígenes de la novela*, García Gual. Ed. Istmo, 1972.

